



Gran cosa es estar en obediencia y vivir debajo de perlado, y no ser suyo propio. Mucho más seguro es estar en sujeción que en mando.

Tomas de Kempis (1441/1976, p. 62)

El orden sin religión adolece de dureza y está espuesto [sic] a convertirse en violencia, por eso proclamamos el orden unido a la religión, es decir, la saludable libertad cristiana.

Miguel Antonio Caro (1872/1990, p. 76)

CAPÍTULO 2

Un ciudadano que cree, una nación que prospera

*Queremos que la política sea un instrumento de la religión,
no la religión un instrumento de la política.
Queremos catolizar el Estado como el
Estado pretende liberalizar a la Iglesia.*

MIGUEL ANTONIO CARO (1871/1990, p. 36)

En 1870 Francia, que hasta entonces había evitado la invasión de Roma por los ejércitos italianos, fue atacada por los alemanes en lo que se conoce como la guerra franco-prusiana. La destrucción y el desasosiego producidos por la invasión alemana movilizaron a los creyentes en torno a la propuesta de realizar un Voto Nacional al Sagrado Corazón de Jesús implorando la mediación divina para la finalización de los males que padecía la sociedad francesa. Esta movilización fue ratificada por la Asamblea Nacional Francesa en 1873, y en 1874 se puso la primera piedra de la Basílica del Sagrado Corazón de París.

Al otro lado del Atlántico, una vez desvanecida la tutela política de España, las otrora colonias españolas en suelo latinoamericano se vieron en la urgente e histórica tarea de crear las nuevas condiciones para la fundación de los Estados que exigía la modernidad. Este afán por la consolidación de la gramática nacional se presentó como uno de los problemas fundamentales del borroso siglo XIX, cuyos límites cronológicos son difíciles de precisar. En ese sentido, el primer siglo tras la separación de España estuvo marcado por sendos enfrentamientos en las distintas geografías latinoamericanas por imponer o definir el proyecto de nación. Justamente, «esa discusión permanente acerca de lo que debía o no debía ser la nación hizo de este siglo un momento [profundamente] teñido de política» (Quiceno, 2015, p. 9). Tal tensión política terminó por

permea todos los rincones de la vida de la época y, por lo general, condujo a expresiones ascendentes de violencia. En el tránsito desde el orden colonial al orden republicano persistió la abigarrada matriz religiosa expresada en el catolicismo y, desde allí, permeó las producciones de sentido y los relatos cohesionantes y reguladores.

Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío

*Dona nobis pacem*⁶

Tres décadas después del Voto Nacional al Sagrado Corazón en territorio francés, el 22 de junio de 1902, la sociedad colombiana se da cita en Bogotá para presenciar y, sobre todo, participar de un magno evento que pretende apagar la violencia⁷ y edificar la tan añorada y largamente aplazada unión nacional. Ese día se realiza, a unos cuantos metros del centro del país, el evento que dará inicio a la construcción del Templo del Voto Nacional en Colombia, símbolo emblemático de la consagración del atribulado país al Sagrado Corazón de Jesús. Allí mismo, en medio de la celebración, toma la palabra el político y escritor colombiano José María Rivas Groot, Ministro de Instrucción del gobierno de José Manuel Marroquín, y pronuncia las siguientes palabras en medio de su discurso ilustrado:

En este voto nacional cada uno de nosotros desea cooperar a la edificación de un santuario que sea el templo de todos para todos. Cada ciudadano que ama la patria, cada católico que desea el bien de la Iglesia, quiere colocar su

6 «Dadnos, Señor, la paz». Palabras inscritas en oro en la urna que transportaba las reliquias de los mártires que serían sepultadas en la capilla del Voto Nacional como parte de la solemne ceremonia de consagración del templo el 24 de septiembre de 1914. Un dato adicional, proporcionado por Sandra Reina en su estudio sobre la Iglesia del Voto Nacional —y que, por irrisorio que parezca, aporta interesantes muestras en torno a las coordenadas político-religiosas de la época—, tiene que ver con la selección de la fecha para esta ceremonia nacional. La fecha fue elegida por su coincidencia con el «aniversario de las bodas episcopales del Arzobispo Herrera Restrepo y por coincidir con la llegada a Bogotá de los prelados de la República convocados a Conferencia» (Reina y Del Castillo, 2014, p. 80). Muestra de una sociedad que tiene como eje gravitacional la esfera eclesiástica.

7 Entre las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del XX, el territorio nacional es escenario de tres guerras: la primera, de 1885 a 1886; la segunda, en 1895; y la tercera, quizás la más violenta, nefasta y extendida, fue la Guerra de los Mil Días (1899-1903), en medio de la cual se da la pérdida de Panamá por cuenta de su independencia como nación, con el apoyo e injerencia de los Estados Unidos. Un hecho que encenderá las alertas entre las élites que comandan el país en torno a garantizar la unidad nacional.

piedra en un recinto donde se adore a ese Corazón que es todo amor para los justos y todo perdón para los extraviados.

Deseáis, bajo el símbolo del amor, levantar un templo que sea como el refugio de todos los atribulados, la meta de los que peregrinan entre nieblas, la ciudad santa de la paz y la concordia; un templo que recordando la eternidad de la Iglesia, desafíe la violencia de las tempestades, el embate de las revoluciones, el empuje de los siglos. (Citado en Reina y Del Castillo, 2014, pp. 71-72)

En una relación metafórica entre el «templo» y la «nación», ambos en construcción, cada enunciado de este fragmento nos permite develar pistas que evidencian la íntima relación entre la Iglesia y el Estado debilitado que desea fortalecerse en torno al sueño republicano. Una Iglesia eterna, santa, justa, que es guía y, en consecuencia, fuente y garante del amor, la reconciliación, la paz y la justicia, frente a un Estado desviado, pecador, violento y destruido. Cada exclamación, cada idea, cada insinuación, cada invitación expresa la esperanza depositada en el poder de la Iglesia, en su fuerza, para movilizar los extraviados y divididos corazones de los colombianos hacia la construcción de una sola patria, la superación de la cruenta guerra que azota al país, la concordia entre las ideologías y, sobre todo, hacia el regreso de todos aquellos extraviados del justo camino al hogar de la nación. La Iglesia asumirá, entonces, la tarea de ser el eje, la promotora y el lugar de la construcción de la República, frente a la irreverencia de las ideas liberales de la modernidad, las ideologías laicistas y anticlericales y los intereses locales entrampados en largas y enconadas pugnas.

Así, para este año —1902— José Manuel Marroquín declara la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como asunto de interés público de la nación y por recomendación de Bernardo Herrera Restrepo, influyente arzobispo en el escenario político colombiano y miembro de la organización mundial del Apostolado de la Oración, consagra la nación colombiana a dicha advocación. Se emplea, entonces, una figura sagrada cuya historia, como veremos, se remonta a la Edad Media pero que a finales del siglo XIX reaparece con gran vigor como parte del programa mundial de la Iglesia que pretende reclamar la devoción de sus feligreses, en un intento por minar el auge de las ideas comunistas y anarquistas en el mundo.

El camino, la verdad y la vida

En la encíclica *Annum Sacrum* del 25 de mayo de 1899, el papa León XIII declara la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús. Mediante esta consagración, la Iglesia reclama para Jesucristo el derecho adquirido de soberanía sobre las naciones del mundo, de las cuales ha de ser su único y soberano rey. De tal suerte que la Iglesia, a través de la imagen sagrada, se presenta como la guía de las naciones tanto creyentes como ateas.

Su imperio se extiende no solamente a las naciones y a quienes, habiendo sido lavados en las aguas del santo bautismo, pertenecen por derecho a la Iglesia [...] Comprende también a todos aquellos que están privados de la fe cristiana, de modo que toda la raza humana está verdaderamente bajo el poder de Jesucristo. (León XIII, 1899, § 3)

Así las cosas, todos los hombres se transforman, por acción de este oficio, en *populus acquisitionis* (León XIII, 1899, § 5), ‘pueblo adquirido’, de Cristo.

La figura del Corazón de Jesús se convierte así en emblema de las luchas de la Iglesia en medio de una época turbulenta en la que se ha venido deteriorando el poder terrenal que venía ejerciendo durante siglos. De este modo, la imagen del Sagrado Corazón busca recomponer las relaciones entre Iglesia y Estado, pues, tal como lo afirma León XIII, «En estos últimos tiempos, sobre todo, se ha erigido una especie de muro entre la Iglesia y la sociedad civil. En la constitución y administración de los Estados no se tiene en cuenta para nada la jurisdicción sagrada y divina, y se pretende obtener que la religión no tenga ningún papel en la vida pública». Y continúa: «Esta actitud desemboca en la pretensión de suprimir en el pueblo la ley cristiana; si les fuera posible hasta expulsarían a Dios de la misma tierra» (León XIII, 1899, § 9).

La expulsión de la que hablaba León XIII tuvo su más reciente episodio en Colombia en 1861 con el Decreto de *Desamortización de Bienes de Manos Muertas* durante el periodo presidencial de Tomás Cipriano de Mosquera, mediante el cual fueron expropiadas las posesiones de la Iglesia en Colombia y puestas en manos de civiles con la pretensión de aumentar la productividad, permitir la redistribución de tierras y mejorar así la economía nacional.⁸ Algo

8 Hacia finales del siglo XIX, el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera, bajo el consejo de su secretario de Hacienda, Rafael Núñez, ejecuta el proceso de desamortización de

que no se logró, debido a la concentración de las tierras expropiadas en unas pocas familias a precios irrisorios, con lo que se terminó aumentando los ya extensos latifundios existentes en el país. Un fenómeno señalado por Mardonio Salazar como «enfeudalización del dominio agrario», recordando la tesis de Aníbal Galindo (Salazar, 1948, p. 344).

Ante una época tan convulsionada por cuenta de los aires laicistas y secularizantes, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús se convertiría, entonces, en blasón de la identidad católica de los países del mundo y de los hogares cristianos; signo del restablecimiento y fortalecimiento de los lazos que unen naturalmente los asuntos públicos con Dios, pero también emblema de la esperanza de alcanzar la paz y el bienestar en medio de escenarios tan violentos y empobrecidos como en el caso particular de Colombia. El Corazón de Jesús sería símbolo de caridad, y a su vez, se ofrecería como «el camino, la verdad y la vida».

Es preciso recordar que para 1902 Colombia se encontraba en uno de sus más sangrientos episodios: la Guerra de los Mil Días. El exacerbado partidismo que había dividido al país condujo a una guerra sin límites en medio de una sociedad que luchaba por cimentar las bases de un proyecto político firme y duradero. Ya se aproximaba el primer centenario de su separación de la monarquía española y, sin embargo, parecían fallidos todos los intentos por conformar una nación.

Las luchas entre intereses locales por cuenta del modelo federalista que se impuso durante la segunda mitad del siglo XIX habían recrudecido las diferencias sociales, culturales y políticas del proyecto iniciado como la Gran Colombia y que, para entonces, en lo corrido de su primer siglo de existencia, ya había mudado en repetidas oportunidades tanto de nombre como de límites fronterizos, organización interna, estructuras políticas y constitucionales. El proyecto de crear una nación fuerte y soberana parecía dilatarse con el tiempo, las guerras y las dificultades político-económicas.

manos muertas. Medida a través de la cual se ponen en venta los extensos terrenos de la Iglesia y la comercialización de las tierras de los resguardos. Mediante la inyección de capital por cuenta de la comercialización de las nuevas tierras y su ingreso en el sistema productivo, se esperaba una activación significativa de la economía nacional; sin embargo, como lo muestra Salazar (1948), el efecto fue totalmente contrario, pues recrudeció la concentración de la tierra y la riqueza en nuevas manos, mientras que el ingreso de capital fue mínimo dada la manipulación de las élites ubicadas en los cargos estatales y los bajísimos precios a los que fueron vendidos los extensos terrenos.

En medio de este escenario crecía la urgencia por encontrar la manera de unificar el país, de articular los intereses en torno a un bien común, a un sentimiento compartido más allá de la gesta independentista. El simple deseo de autonomía y soberanía no había sido suficiente hasta entonces para cohesionar una sociedad segmentada. Y sería, precisamente, la imagen del Sagrado Corazón de Jesús, en representación de la fuerza gravitacional de la Iglesia, la llamada a convertirse en ese aciago símbolo que convocaría los sentimientos nacionales e intentaría resolver la tarea inconclusa de construir una unidad en medio de una población acostumbrada a la indiferencia y al distanciamiento entre una región y otra, entre un grupo poblacional y otro. Distanciamientos reafirmados por los gamonales locales que harían de sus extensos latifundios la base de un poder cuasifeudal. Un poder que, centrado en la tierra, se nutre de relaciones cercanas al vasallaje e impulsa la protección militar de los territorios y los bienes que lo componen incluyendo a los campesinos y pobladores de tales extensiones.

La paz es invocada con insistencia y presentada como clamor nacional. A este respecto es significativo que Morillo, en medio de las campañas de reconquista de los territorios de la colonia española ejercidas durante la segunda década del siglo XIX y en una suerte de persistencia de operadores, mecanismos y enunciados, recibiera el particular remoquete de *Pacificador*. En medio de las cruentas cruzadas que emprendió para recuperar los territorios sublevados de las colonias, Morillo representaba a aquel que pacificaría o que establecería la paz en medio de bandos o pueblos enemistados, en guerra. Un llamado a restablecer el orden mediante el uso brutal de la fuerza, el castigo y el público escarmiento.

En todo caso, casi un siglo después, la súplica dirigida a través de la figura del Sagrado Corazón rogará por la paz de un pueblo en guerra, extraviado y caótico. Aunque con acentos distintos, no serán ajenas las expresiones de violencia, la persecución de amplios sectores poblacionales y la anatematización de costumbres nocivas para el aseguramiento de la pretendida unidad nacional. Se suplicará, mediante su pacificación, el establecimiento de un orden que permita salir de la miseria.

En respuesta, la paz, una vez más, intentará encauzar las voluntades, luchas y esfuerzos del pueblo. Una paz representada en el reiterado anagrama *PAX* en el interior de la hoy consagrada como Basílica del Voto Nacional en Bogotá. *Pax* que, en términos agustinianos, significa ‘concordia y unión con Dios’.

Así lo afirma San Agustín en *De civitate Dei*, una de sus más clásicas obras y fundamento de la doctrina cristiana:

La paz del cuerpo es la ordenada compleción de sus partes; y la del alma irracional, la ordenada calma de sus apetencias. La paz del alma racional es la ordenada armonía entre el conocimiento y la acción, y la paz del cuerpo y del alma, la vida bien ordenada y la salud del animal. La paz entre el hombre mortal y Dios es la obediencia ordenada por la fe bajo la ley eterna. Y la paz de los hombres entre sí, su ordenada concordia. La paz de la casa es la ordenada concordia entre los que mandan y los que obedecen en ella, y la paz de la ciudad es la ordenada concordia entre los ciudadanos que gobiernan y los gobernados. La paz de la ciudad celestial es la unión ordenadísima y concordísima para gozar de Dios y a la vez en Dios. Y la paz de todas las cosas, la tranquilidad del orden. (Agustín, 1958, pp. 1397-1398)

La paz convocada es, de esta manera, el reino de la ley eterna y el total sometimiento a la voluntad divina. La total armonía entre la ley de la ciudad y la ley divina enseñada por el evangelio y transmitida por la misma Iglesia. Una ley soberana que logrará, desde esta concepción, tranquilizar los corazones y establecer el orden. Solo en Dios, en su corazón, podrá el hombre encontrar la paz, la concordia, el orden y, por tanto, el progreso entendido como superación de la miseria humana y social. Una súplica que recuerda a la iconografía del Sagrado Corazón de Jesús símbolo de amor, penitencia, reconciliación y paz. Intimidad e interioridad en el corazón reparador de Cristo.

Más adelante en el texto, reafirma San Agustín la idea reiterada del orden expresado en la concordia y unión en Dios. La obediencia a la ley divina instituye, mantiene y perpetúa el ansiado orden.

El pueblo es un conjunto de seres racionales asociados por la concorde comunidad de objetos amados», para saber qué es cada pueblo, es preciso examinar los objetos de su amor [...] Por eso, yo no diría que no es un pueblo o que su gobierno no es república mientras subsista un conjunto de seres racionales unidos por la comunión concorde de objetos amados. (Agustín, 1958, pp. 1425-1426)

El orden y la unidad son, por tanto, el sustento fundamental de la república y esta, a su vez, sustenta la paz tanto de los pueblos romanos —objeto de los

análisis agustinianos— como de cualquier otra nación, tal como lo manifiesta expresamente a continuación:

Lo dicho de este pueblo y de esta república hágase extensivo al pueblo de los atenienses o de otros griegos, al de los egipcios, a la primera Babilonia de los asirios, cuando en sus repúblicas sostuvieron imperios grandes o pequeños, y de cualesquiera otras naciones. (Agustín, 1958, p. 1426)

El proyecto republicano iniciado en Colombia con el ánimo de unificar los discolos destinos nacionales se alimenta así del credo católico para afianzarse y fortalecerse. Serán la fe abnegada en la doctrina cristiana y la soberanía de la ley divina, representada en los principios de la República y sellada mediante la firma del Concordato de 1887, las que pretenderán traer la paz, el orden y el progreso al pueblo caído en desgracia.

Henri Arquillière, comenta este mismo apartado de *De civitate Dei* en su estudio sobre las ideas políticas del agustinismo, y resalta el carácter religioso que asume la concepción de paz:

La idea religiosa comienza a manifestarse cuando Agustín define la paz del hombre mortal: la obediencia a Dios en la *fe* y bajo la ley eterna. La paz del hombre no es, pues, esencialmente la calma exterior, la ausencia de problemas, de desacuerdo entre su pensamiento y su acción, hecho que puede existir en las almas, en las familias y en las ciudades paganas. Es la sumisión a la voluntad de Dios, tal como nos es conocida *por la fe*. (Arquillière, 2005, p. 45)

La paz pregonada y suplicada significa la adhesión de las voluntades bajo una sola ley, una sola fe, una sola verdad. Implica la configuración del vulgo —desordenado y perdido— como pueblo de Dios. Así, tras esta devoción al Sagrado Corazón de Jesús parece tramitarse un movimiento de contención frente a las andanadas comunistas y laicicistas de la época y extendidas por todo el planeta.

La imagen del corazón sangrante de Jesús, hinchado e incandescente no solo revela la pasión de Jesús y su amor por la humanidad, sino también su enérgica fuerza transmitida a través del fuego, la espada y la cruz que lo corona. «Mi Corazón reinará a pesar de mis enemigos» es el icónico mensaje del Sagrado Corazón, que sintetiza la devoción extendida desde 1623 por la Compañía

de Jesús y los «soldados de Cristo». Mensaje muy cercano a los deseos de una república en proceso de regeneración como lo es la Colombia de Rafael Núñez en cuyo segundo mandato se definió la Constitución Política de 1886, que regiría por algo más de un siglo los destinos del país y pondría fin a los frustrados experimentos federalistas de lo que alguna vez se llamó, en su periodo más radical, Estados Unidos de Colombia (1863-1886). Se emprendía así la ingente tarea de hacer de Colombia no solo una república, sino una nación.

Como un pastor que cuida sus ovejas

Es evidente la relación directa entre la Iglesia y el proyecto de crear un relato icónico que convocara y sustentara la tan esquiva unidad nacional. La adhesión a la fe cristiana tendría la fuerza suficiente no solo para encumbrar el símbolo, sino para formar a los nuevos ciudadanos en el respeto, reconocimiento y protección de la nación consagrada a su veneración. Con el Voto Nacional al Sagrado Corazón de Jesús, las alusiones en las distintas versiones de la Carta Magna, la entronización de las imágenes religiosas en las instituciones públicas y educativas, así como con la consagración de distintas ramas del aparato estatal a advocaciones y símbolos religiosos, se reafirmaría la naturaleza religiosa del Estado, de la cual la fe cristiana sería apenas una manifestación. Se reclama así, en todo caso, una identidad católica de la nación. Una *identitas* político-religiosa.

Como lo anunciara Foucault en sus últimos cursos en el Collège de France,⁹ el poder no puede ejercerse sin una manifestación de la verdad. Donde hay poder es necesario que haya verdad. En otras palabras, la conducta de los sujetos es regulada y conducida mediante la puesta en marcha de una verdad. Solo la verdad y el reconocimiento de ella tendrán la fuerza suficiente para movilizar las voluntades. Tal precepto es actualizado, una vez más, en los contornos del orden republicano que empieza a asentarse sobre la construcción de la idea de nación en Colombia, en el tránsito desde la inclemencia de la ley y la voluntad del soberano hacia el gobierno por la verdad, en donde ha de primar, paulatinamente, la conjunción de los deseos.

9 A partir del curso de 1980, *Del gobierno de los vivos*, Foucault inicia un giro metodológico en su itinerario investigativo, un cambio de perspectiva que va desde las relaciones de saber-poder hacia el gobierno por la verdad. Las exploraciones de estas formas de gobierno, en tanto grilla de inteligibilidad para continuar indagando por las relaciones entre subjetividad y verdad, llevarán a Foucault a adentrarse en el universo grecolatino.

El gobierno por la verdad se alimenta del gobierno de los intereses y es allí, precisamente en la identificación y configuración de aquellos intereses comunes, donde la educación desempeña un lugar central. La fe cristiana ofrecería el contenido de dichas verdades, pero serían las prácticas educativas las que les permitirían erigirse como tales en medio de la formación de sujetos fieles y piadosos. En fin, a esta serie de procedimientos por medio de los cuales se saca a la luz aquello que se postula como verdadero, es a lo que Foucault (2014a) da el nombre de *aleturgia*.

Existen toda una serie de relaciones entre la política y la manifestación de la verdad que no se restringen a un cálculo utilitarista o al acomodamiento racional e intencionado de un cuerpo de saberes.¹⁰ Lo verdadero desborda definitivamente los regímenes de verdad existentes, ya que puede emerger desde horizontes insospechados e impensados, tal como lo muestra el ejemplo del emperador romano Septimio Severo¹¹, empleado por Foucault al inicio de su

.....
10 El conocimiento mismo, el conocimiento científico y objetivo, por ejemplo, en cuanto producción de la verdad mediante sofisticados y especializados métodos, no es más que una de las muchas formas posibles de manifestación de la verdad (Foucault, 2014a, p. 24). Así también lo deja ver el caso de Septimio Severo elegido por Foucault para sus estudios en torno al gobierno. «Me parece que el ejercicio del poder, tal como podemos encontrar uno de sus ejemplos en la historia de Septimio Severo, se acompaña de un conjunto de procedimientos verbales o no verbales que pueden ser, en consecuencia, del orden de la información recogida, del orden del conocimiento, del orden de la acumulación, en tablas, fichas, notas, de una serie de datos, y que pueden ser también rituales, ceremonias, diversas operaciones de magia y adivinación. Se trata pues de un conjunto de procedimientos, verbales o no, mediante los cuales se saca a la luz —y esta puede ser tanto la conciencia individual del soberano como el saber de sus consejeros o la manifestación pública— algo que se afirma o, más bien, se postula como verdadero» (Foucault, 2014a, pp. 23-24).

11 Lucio Septimio Severo, miembro y fundador de la dinastía de los Severos, nació en Leptis Magna en la región de Cartago al norte África en el año 146 de nuestra era. Fue emperador romano entre el 193 y el 211. Su origen es un dato muy importante para cifrar su figura en la historia del Imperio, ya que, según las leyes romanas, estaba negado el acceso al trono a cualquier extranjero; sin embargo, Septimio Severo se convirtió en el primer emperador romano de origen norafricano. Fue gobernador de la Panonia, región ubicada al noreste de Roma, y a pesar de la estricta ley que prohibía el ingreso de las tropas a Roma con el fin de defender la integridad de la República, el general de las legiones de la Panonia arremetió con sus ejércitos contra la ciudad romana para arrebatar el trono a Juliano, quien había comprado el trono a la guardia pretoriana tras la muerte de Pertinax. Juliano, rico senador, se impuso a otros acaudalados postores en la subasta del trono orquestada por la guardia pretoriana que, una vez aceptada la paga, obligó al Senado a reconocer a Juliano como el nuevo emperador. Como es de notar, este periodo fue demasiado convulsionado, por lo que el año 193, año en que Septimio llegó al trono, es reconocido en la historia como el año de los cinco emperadores. Dion Casio, historiador romano, dedica un aparte de su obra Historia Romana al gran general y emperador Septimio Severo, especialmente en

curso de 1980. Se trata de una verdad que no solo es reconocida como tal (por eso no es solo una verdad epistemológica), sino que, además, es una verdad en la que los sujetos se reconocen a sí mismos y se construyen en cuanto tales. Se trata, entonces, de una verdad ontológica, y su fuerza radica, precisamente, en su capacidad de interdicción y acción sobre los procesos de subjetivación. La verdad cristiana construye cristianos, y son ellos, los creyentes, quienes dan forma, actualizan y materializan dicha verdad, en una suerte de dramaturgia del reconocimiento. Hacerse, hallarse, saberse en dicha verdad. Es en este sentido que existe una relación intrínseca entre política y *aleturgia*. Cuestión en la que nos detendremos un poco en el siguiente capítulo.

